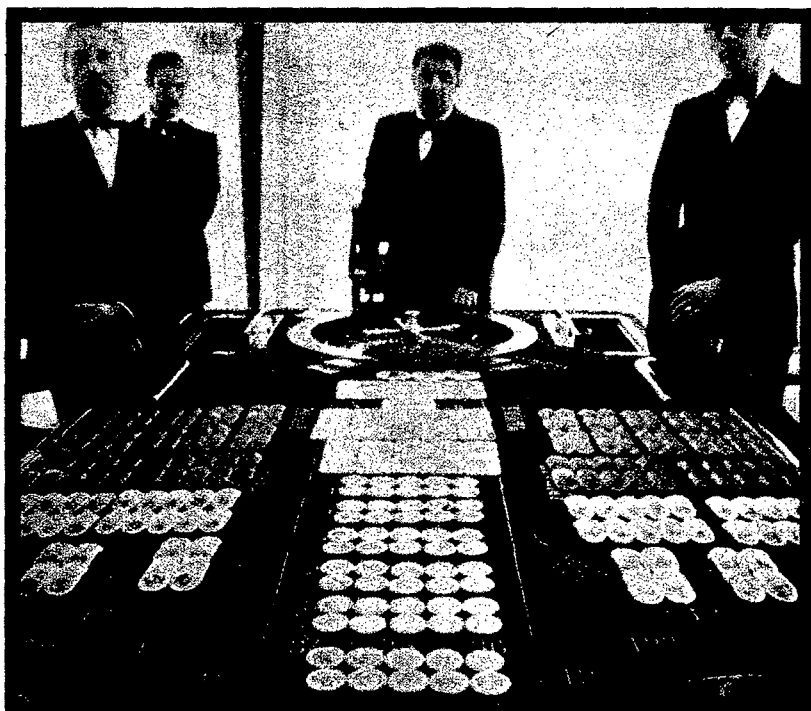




LA GENTE



BIEN



La Naturaleza, que es muy sabia, creó un buen día a la gente y acto seguido creó a la gente bien para que no hubiera lugar a equívocos. Cada cual en su sitio. La gente bien fue perfeccionándose poco a poco y hasta hoy, que sigue igual que propotente y encofetada, aunque procure disimularlo por la cuenta que le trae.

LA FAMILIA QUE CRECE UNIDA

Total: crecieron y se multiplicaron. Eran pocos, pero bien avenidaos, y estaban en todas partes con el ojo avizor. Se hicieron un sitio en la sociedad, un sitio de honor a todo riesgo, y siempre decían «de aquí no me muevo», salida de tono que les valió el sobrenombre de inmovilistas. Luego murieron, volvieron a nacer cuando les tocó el turno, y así sucesivamente. Y es que la gente bien gusta de dejar huella. Cree en la familia numerosa y la práctica para tener asegurada la raza y la descendencia por los siglos de los siglos.

—Donde estén doce hijos que se quite todo lo demás.

—Depende de la economía, hija. Porque Pepín y yo sacamos cuentas y nos daba para veintitrés crios, pero allá por el séptimo se me puso la cadera feísima y me planté.

—Es que con la cadera no se juega.

—Ya me lo dijo la masajista: o se baja usted ese kilo o no hay más familia.

—Claro, el mejor control de natalidad es la masajista. A mí me dejó tener diez, pero luego me puso a dieta de aguacates. No veas.

—Mujer, mientras sean aguacates...

—Pues a mí me repiten muchísimo.

—¿Y?

—Nada, que como los embarazos no me repiten y, además, la moda premamá de ahora es una gozada, he decidido ir a por la niña.

Quien habla así es la señora bien. La señora bien, como no tiene otra ocupación que la de vivir, se interesa por sus kilos, sus embarazos y sus puñetas. En otro orden de cosas, pero también robando buena parte de su preocupación, está al servicio. El dichoso servicio. Que anda muy mal, por cierto. Cada día peor. La señora bien, hablando del servicio, saca su letanía de muletillas y se pone las botas. El servicio puede ser uno o múltiple, según el poder adquisitivo y el rango jerárquico del dueño de la casa. En el peor de los casos, la señora bien tendrá una empleada del hogar por horas a la que llamará cariñosamente «tata». La señora bien, todo hay que decirlo, trata a su empleada como a una criada, pero la llama «tata» para disimular. Es una forma muy distinguida de sacudirse de encima los problemas de conciencia. Por lo que pudiera suceder. Cuando la señora no sólo es «bien», sino rica, además de «tata» tiene señorita para niños. Ese es un viejo truco muy empleado por la gente fardona en general y por las señoras cursis en particular. Cogen a una «tata», o sea, a una criada, la visten de época y, hale, al parque con los chavales. Hay señoras que, en un alarde de sacrificio, se quedan en casa limpiando los dorados con tal de sa-

car a la «tata» de paseo y presumir de señorita para niños. Luego resulta que de vuelta a casa, la «tata» tendrá que repasar nuevamente los dorados, preparar la comida, atender al teléfono y hacerle los recados al señorito, con lo cual vuelve a su estado natural, o sea, el de chica para todo. En las mejores familias, sin embargo, el servicio está muy especializado y racionado. Así, amén de la «tata», señorita para niños y asistente por horas, tienen también a la doncella —esa señorita que no hace otra cosa que estar de punta en blanco y aguantar las cursilerías de sus amos—, la cocinera, costurera y planchadora a domicilio. A la señora bien le gusta coser. Ese es un hábito que ha heredado de sus antepasados y que mima con exquisito recelo. Coser y cantar. Pero la señora bien anda mal de tiempo, pues no se puede estar a todo, a coser, cantar, jugar a la canasta y dar instrucciones a la doncella, así que alquila tres veces por semana a una costurera y le transfiere sus aficiones mientras ella se contempla en un bordado para no perder el «tic». Por fin, la planchadora. En realidad, lo que hace la planchadora es planchar, ni más ni menos. Pero planchar a conciencia, que es una cosa que hoy en día no se lleva nada. La señora bien no plancha porque le dan calores y, además, se le hinchan los tobillos de tanto estar de pie, pero su planchadora es un mirlo blanco; lleva trabajando para la casa más de cuarenta años y su madre planchó a toda la familia, en el buen sentido, y ella, por la cosa de la genética, ha heredado la tradición y el servilismo. A decir verdad, el único secreto de todo esto es que la señora bien odia el tergal.

—Oye, que según se están poniendo las cosas parece que sólo nos dedicamos a las labores propias de nuestro sexo.

Naturalmente, la señora bien no acaba ahí. Determinados días al año cumple con sus obras sociales, y cuando toca Cruz Roja, pues Cruz Roja, y si no, Rastrillo, tarjetas de la Unicef, cuestaciones para el cáncer, festivales benéficos e inauguración de guarderías. En esas pequeñas ocupaciones la señora bien se sacude otros tantos problemas de conciencia. Todo lo que le roba a la criada en sueldo lo invierte en Cáncer, y así, fuera remordimientos. Para esas ocasiones excepcionales, la señora bien se pone de un elegante superior, porque lo más seguro es que le toque posar con una folklórica, y puesta a salir en una revista, por lo menos salir decentemente y con dignidad, o sea, con visión.

—Ahora estamos con lo del hambre de los chinitos y los negritos. Es una obra muy importante. Y se necesita pedir mucho.

—Antes lo que pedíamos era sellos.

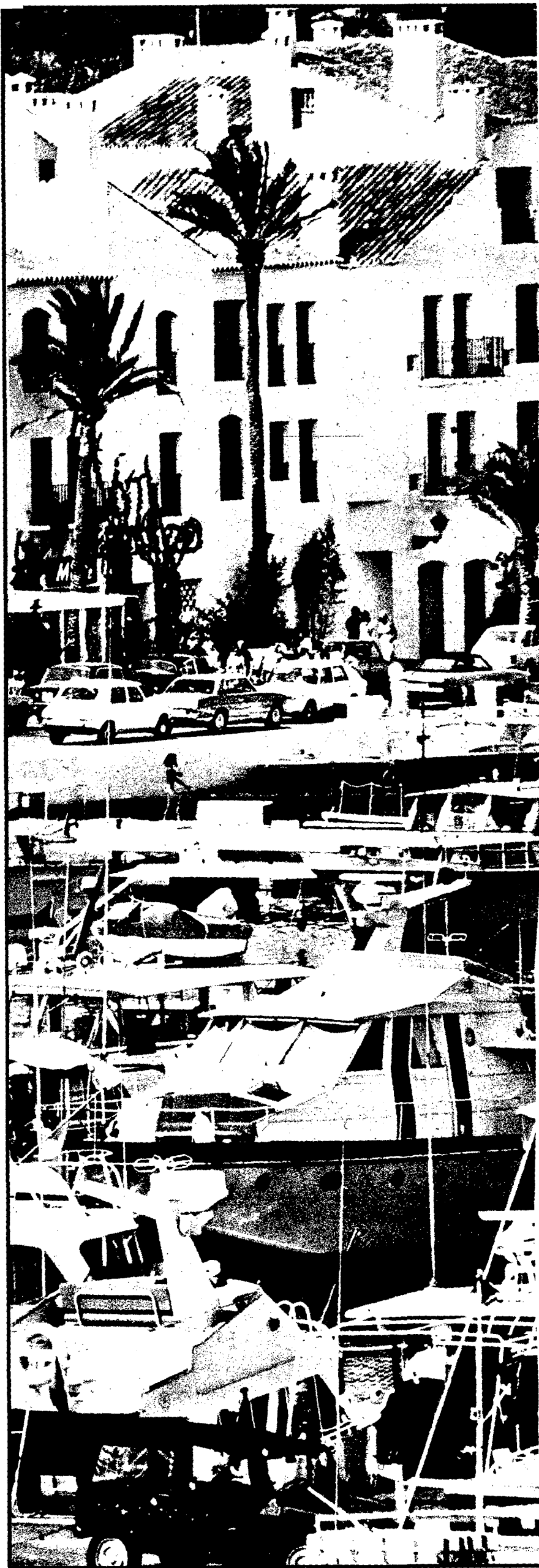
—Sí, pero los sellos ya se los comieron.

—Y cuando no hay hambre, pues hay un terremoto, el caso es estar ocupadas.

—Lo que yo digo: la Cruz Roja es muy bonita, pero lo más bonito es dar de comer a un hambriento.

—¿Y sacar almas del purgatorio?

—Eso lo puede hacer cualquiera. Ustedes mismos, los pobres, quiero decir. A las almas se les echa padrenuestros y a los niños hambrientos jamón y pollo.



La gente bien cree en la familia numerosa y la practica por aquello de tener asegurada la raza y la descendencia

La señora, todo hay que decirlo, trata a su empleada de hogar como a una criada, pero la llama «tata» para disimular. Es una forma muy distinguida de sacudirse los problemas de conciencia

Todo lo que le roba a la empleada en sueldo lo invierte en «cáncer», y así, fuera remordimientos

En la Universidad se han perdido muchas niñas bien. O se han ganado, según se mire

Hay señoras que, en un alarde de sacrificio, se quedan en casa limpiando los dorados con tal de sacar a la «tata» de paseo y presumir de señorita para niños

La niña bien pasa modelos en algún desfile, y un año es fallera mayor, al otro, dama de la vendimia y al otro, dama de compañía de un «play-boy» Todo gratis, es decir, en plan benéfico, como su mamá

Las cosas como son, a la gente bien hay que tocarla. Tiene una dureza especial. La dureza del solomillo diario

—¿Y cómo se siente uno después de redimir a un niño de la miseria?

—Mire, antes de redimirle le mandamos a un misionero, que lo primero es lo primero. Y después se le da de comer.

—Haga balance de esta temporada, «please».

—Pues verá, yo creo que por mi parte, con unas veinte tarjetas de Unicef, dos mañanas enteras de mesas petitorias, dos tardes de festivales, una semana de Rastri-
llo y tal habré salvado a cero coma cero uno cancerosos y por lo menos a dos o tres chinitos.

—Perdone usted, pero me parece que los chinitos ya están salvados.

—No había caído. ¿Los chinitos son los de la China?

—Mayormente.

—¿De la China de Mao?

—Más o menos.

—Entonces me borro. No se hable más.

Y otra vez el lío. La señora bien vuelve al hogar, compungida y tris-
tísima.

—Felipe, estoy derrotada. He dado de comer a un comunista.

—Pero mujer, si los comunistas comen solos. Te habrás equivocado.

Sin embargo, ella, erre que erre, se mantiene en sus trece. Una buena salida para olvidar el trauma es dedicarse a la plata y a las compras. Por ese orden, primero la plata y luego las compras. La señora bien es una aficionada a la plata. Yo creo que su afición le viene, más que nada, por el deseo subconsciente de mantener ocupada a la servidumbre. En casa de una señora bien siempre hay una «tata» limpiando plata. Una cosa va con la otra. Como la pescadilla que se muerde la cola. Para tener plata hay que tener servidumbre, y para tener servidumbre hay que tener plata, si no, ya me dirán qué cono harían las criadas todo el día en casa.

Finalmente está el capítulo de las compras. A nuestra señora le gusta ir de escaparates y, lo que es más importante, de rebajas. Se conoce todos los chanchullos, los almacenes y las liquidaciones de memoria. Como señoras bien hay pocas —entendámonos, hay pocas en comparación con la cantidad de señoras menos bien —digo—, pues que como hay pocas, se corren la voz de unas a otras, y en un par de días cepillan las rebajas y las cuestras de enero.

—Oye, que he descubierto unos tapices fenomenales.

—¿Y para qué quieres tú unos tapices?

—Para nada. Pero mira, ¿a que son fenomenales?

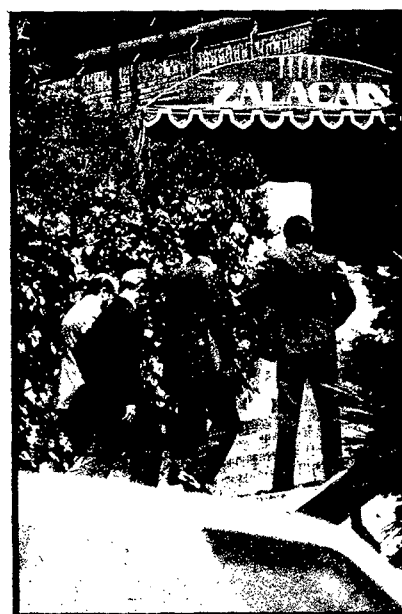
—Divinos. Me tienes que dar la dirección.

Y cuando no son tapices son bolsos, alfombras, colonias, etcétera. A la señora bien le gusta comprar, regatear y practicar la elegancia social del regalo. Hoy por ti mañana por mí. La señora bien no ha hecho el bachillerato, a lo más que ha llegado es a dama de la Cruz Roja, y sin cobrar, pero maneja los números que da gusto, y es la primera en pedir descuento cuando se presenta la ocasión. Sabe más que la industria. Vive constantemente rodeada de letras y facturas, de regalos y pedidos, de

ilusiones y esplendores. Por eso sus hijos, los hijos de la señora bien, han salido así de consumistas —¡ojol!, que consumistas viene de consumo— y así de marimandones. Son los ya conocidos hijos de papá.

UNA JUVENTUD IMPECABLE

Ella, la nena de la casa, la esbelta, todopoderosa, rubicunda e impertinente nena de la casa, nació con los anillos puestos, y ahora se le caen por menos de nada. Ha heredado de su madre la pasión por los anticuarios, el culto a la plata, a los masajes y a la familia numerosa. Es una extraña mezcla de hembra rancia y mujer universal. En su adolescencia practica la moda y el amor, pero sabe emprender la retirada cuando la vida la depara un marido con futuro resuelto. A partir de entonces,



una de dos: o se convierte en la dama que siempre soñó ser o engaña a la concurrencia, y entre Unicef y Unicef, entre festival y festival, se pone morada de experiencias y tentaciones.

La niña bien, por regla general, es mala estudiante. Salvo raras excepciones, no puede ni con las ciencias ni con las letras. En caso de que pueda con alguna, al hacer frente a la Universidad, su vida sufre un duro golpe. En la Universidad se han perdido muchas niñas bien, o se han ganado, según se mire. Porque a la Universidad no se va hablando de niñeras y masajistas, que queda muy feo y desentona lo suyo. La niña bien por excelencia, sin embargo, cuelga los hábitos al llegar al COU —antes los colgaba en cuarto y reválida, pero es que antes eran otros tiempos— y se dedica a pa-
cer, ora en Londres, ora en Argüelles. En la cosa de la paciencia se gasta los cuartos y la juventud, más lo primero que lo segundo, pues ella, honradamente, cree que la juventud es una cosa para hacer tiempo, mientras llega y no llega la familia numerosa.

La niña bien tiene un tipito acorde, o sea, bien. Un talle fino y unas piernas ideales para andar en pantalón ceñido. Por culpa de sus atributos físicos, la niña bien pasa modelos en algún desfile, y un año es fallera mayor; al otro, dama de la vendimia, y al otro, dama de compañía de un «play boy» pasado por agua. Todo gratis, es decir, en plan benéfico, como su mamá.

—Ahora sólo me falta ser gua-

pa con gafas, que lo demás lo tengo todo.

Vive para eso: para desfilar en las pasarelas y retratarse. De su belleza dan constancia la cantidad de fotos que anualmente deja en las páginas de la «Hola». Claro que en ella, la belleza no tiene ningún mérito. Las hijas de la gente bien son guapas por definición. Por definición y por alimentación, pues no vamos a descubrir ahora la magia del solomillo. La niña bien, cuando se casa, cambia las pasarelas por las mesas petitorias y entra a formar parte del gran mundo, ese mundo que su mamá le ha servido en bandeja. Y así hasta que se muera. A poca distancia de la niña bien, pisándole prácticamente los talones, está el niño bien, es decir, el reluis, el no va más de los luises, la quintaesencia del hijo de papá. El reluis es relamido y juguetón, aséptico, de ducha diaria —en realidad, de ducha diaria hay mucha gente, pero al reluis se le nota, se le huele y además lleva el pelo permanentemente mojado—. El reluis ha salido a su abuelo de puro bien que es. Usa gabardina, peinado a lo fin de siglo —con una ligera concesión a la melena—, jerseys de lana inglesa y sello en el anular con el escudo de la familia. El reluis mete a la familia en un anillo porque no puede llevarla puesta todo el santo día, que abulta mucho. Habla como Marcelino Oreja, hinchando la o y con eco por dentro. Antes hablaba con la ese, pero la gente se lo tomaba a cachondeo y tuvo que cambiar de táctica. A veces tira a «play-boy», a veces a director de orquesta, aunque la verdad es que no sirve ni para una cosa ni para la otra. Casi siempre acaba siendo un don nadie en manos de los poderosos. Al reluis generalmente le toca en suerte —o lo que es más probable, en herencia— una empresa o un trocito de banco, dominios que él maneja de carrerilla guiado por una especie de sentido de imitación. Es monárquico, europeo, conservador y un poco bobo. Se apunta a todas las puestas de largo y queda bonito allí donde le pongan.

—¿Y usted es de verdad, es de los auténticos?

—Señora, por favor...

—Que yo miro mucho por la compañía de mis hijas y últimamente me he llevado unos chascos terribles. No se imagina.

—Me llamo Alvarez del Torre mayor, para servirle.

—¿Hijo de los Torremayor?

—En efecto.

—Su madre es muy amiga mía, por cierto. Todas las mañanas coincidimos en la peluquería. ¿Y dice usted que es compañero de mi hija Marita?

—Sí, señora.

—Pues el otro día vino a casa un chico muy fino, muy educado, y yo tan creída, no le pregunté nada. Y luego resultó que era hijo de un bombero.

—Horror. Un rojo camuflado.

—¿Así que usted es de verdad?

—Sí; toque, toque.

Porque, las cosas como son, a la gente bien hay que tocarla. Tiene una dureza especial. La dureza del solomillo, que se llama.